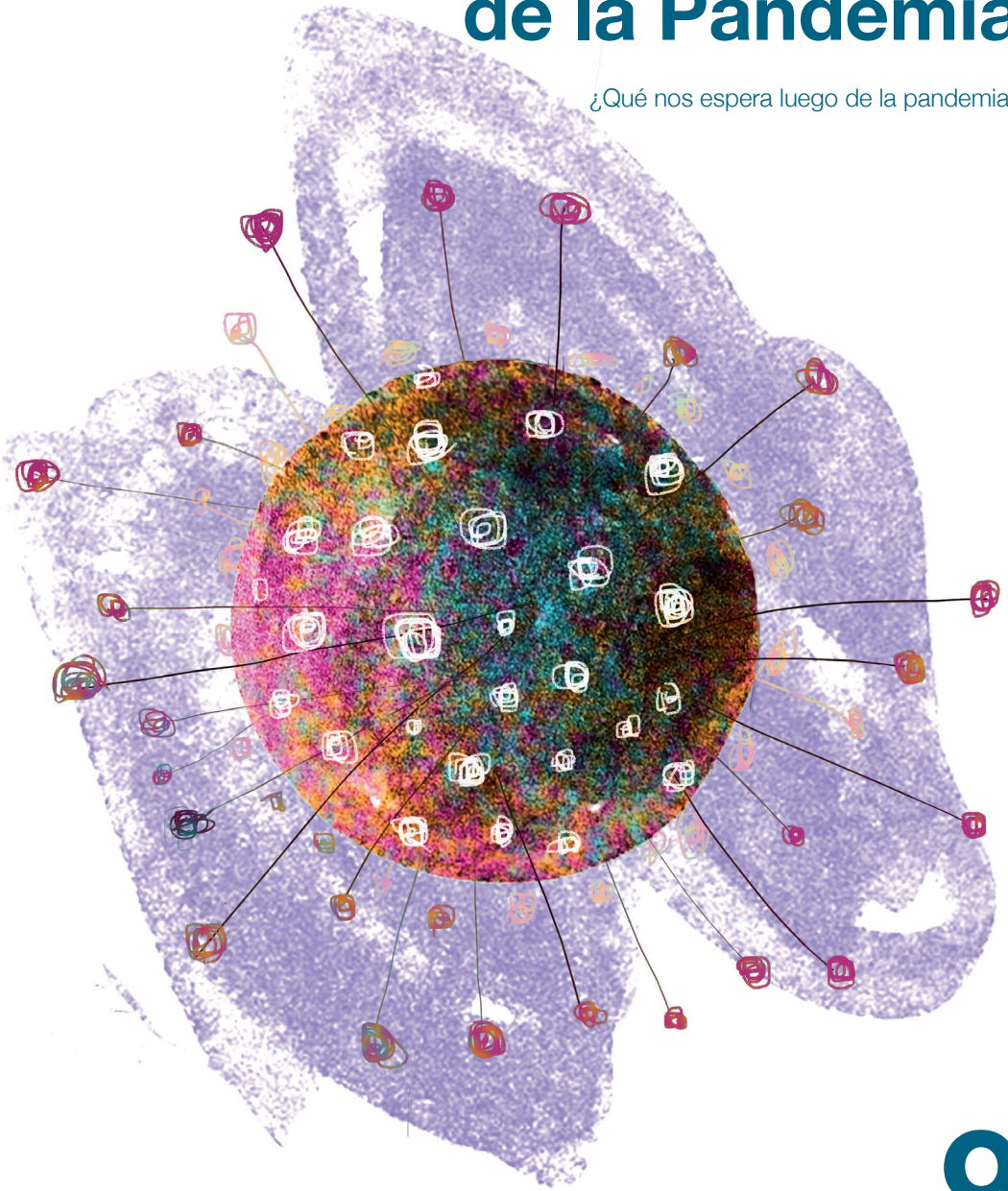


Después de la Pandemia

¿Qué nos espera luego de la pandemia?



CONCURSO DE CUENTOS CORTOS

Después de la Pandemia

¿Qué nos espera luego de la pandemia?

Presentación

En tiempos de incertidumbre es cuando la llama del arte arde con mayor ímpetu: es lógico que, pese a la pausa o detención de ciertas actividades, nuestra mente nunca se canse de trabajar, de imaginar escenarios y diferentes posibilidades para el futuro. Esto, irremediablemente, lleva a la pregunta: ¿qué vendrá luego de la pandemia? ¿Cómo será la vida? ¿Qué cambios enfrentaremos? ¿Será este el último? Infinitos cuestionamientos posibles nos asechan, y propician el encontrar inspiración en los lugares más insólitos.

Con esto en mente, el Instituto Cultural Paraguayo-Alemán lanzó su concurso de cuentos cortos “Después de la pandemia”. Los cuentos debían responder a la pregunta: “¿Qué nos espera luego de la pandemia?”.

Agradecemos al jurado: María Irma Betzel, Patricia Camp y Javier Viveros, quienes hicieron un excelente trabajo.

El Cuaderno del ICPA Nr. 9 dedicamos a los ganadores:

- PRIMER PREMIO. “Cuaderno del año de la pandemia” de Ricardo Horacio Benítez Rolandi.
- SEGUNDO PREMIO. “2110” de Wilson Gerardo Parris Frings.
- TERCER PREMIO. “En esta casa” de Pedro Alfonso Caballero.

Además, serán otorgadas menciones, sin orden de prelación, a las siguientes obras:

- “Cambios” de Matías Nicolás Meza Amarilla.
- “Atián, Titán y el colado Franky” de María Ángela Duarte López.
- “Esperando a Ángeles” de Carla Mercedes Guillén Balmelli.

Con las interpretaciones del artista Jorge Daniel Arzamendia Aranda queremos invitar los lectores dejar fluir su fantasía y esperamos dar un empuje a cada uno ser un escritor y crear su propio cuento. El próximo concurso ya está en pie.

Simone Herdrich
Directora del ICPA-GZ

PRIMER PREMIO

Cuaderno del Año de la Pandemia

Ricardo Horacio Benítez Parodi



Ahora que al fin podemos tomarnos un café, Fátima, te voy a contar lo que sucedió con él. En realidad, todo iba bien con Jorge, hasta que llegó la pandemia. Nos había costado un tiempo, pero todo parecía encaminado con Jorge. Creo que, desde su primer día en la oficina, cuando el jefe lo presentó al equipo, con una brevíssima sonrisa nos reconocimos los dos: tímidos sin redención, tontos para los tontos juegos del coqueteo inicial, encapsulados en una jaula de *workolismo*, cómoda soledad, lectura de *best sellers*, series de culto y el candado de las redes sociales para mitigar la ansiedad del aislamiento. Ahora que pienso sobre ello me doy cuenta de que quizás estábamos más preparados que muchos para la cuarentena que nos cayó de inmediato, como un telón pesado. Cualquiera diría que ya teníamos un muy darwiniano mecanismo de adaptación. Vos me conocés, Rubia, me ilusioné desde el primer momento.

Así, lentamente, nos fuimos rozando más en el estacionamiento, en el ascensor, en la máquina del café, pasando del hola qué tal al comentario del clima, y de allí al qué te pareció el informe de Marketing, y de allí al cómo fue tu fin de semana. Sin declararlo, nos hacíamos saber que nos sentíamos bien juntos. Saltamos de las sonrisas a las carcajadas, de la distancia social al contacto físico innecesario, mi mano en su brazo, su mano sobre la mía, con rapidez y suavidad, simulando simples movimientos sin intención. Y cuando ya nos acomodábamos en el intenso chateo a cualquier hora del día, el chateo que cristaliza la complicidad, en el que ya no se oculta que nos gustamos, el chateo para el que estamos disponibles donde y cuando fuere, el chateo en el que subimos el tono y mostramos deseo, anhelando una intimidad completa en la que mandemos al diablo la insoportable distancia del propio chateo... entonces fue cuando llegó la pandemia, justo en la semana que habíamos quedado en el chat finalmente en comer algo y tomar unas cervezas. Una cita, bah, como debe ser.

Y Jorge con su diabetes y yo con mi hipertensión, y los dos con nuestro ya internalizado mecanismo de adaptación, nos recluimos cada uno en su casa. Y allí, en la trinchera de nuestros departamentos fueron pasando los meses; resguardados por un listado de números de *delivery*; abrumados por las noticias reales y las *fake news* sobre el nuevo virus; aferrados como náufragos a la conexión a internet; luchando por mantener una rutina física básica y, de paso, seguir nuestra danza de seducción en el chat, en las redes, el teléfono. Te acordarás bien de ese tiempo, esas primeras semanas, creo que ya entonces te hablé de «alguien del trabajo» y que la maldita cuarentena puso en suspenso todo. Todavía me acuerdo de tus risas y de tus memes de corazones rotos, Rubia bruja.

Y hoy, que al fin vivimos en un mundo pospandemia, en el que la vieja normalidad ya asoma en nuestras vidas con su sonrisa de dientes podridos, hoy me encontré con Jorge solo para decirle en persona lo que es para mí: un cretino, certificado y diplomado. ¿Te sorprendí? Pero no te voy a contar el final todavía, no, no. Te voy a torturar con toda la historia, como una cuarentena interminable.

En los primeros días de la pandemia, en marzo, las conversaciones con Jorge eran sobre todo mensajes de aliento y optimismo, bromas sobre el confinamiento decretado por el gobierno, chismes del trabajo y comentarios de series y películas.

A finales de ese mes, le confesé que estaba llevando una suerte de diario, un cuaderno con anotaciones sueltas, nada serio, un *Cuaderno del año de la pandemia*, como un homenaje a *Diario del año de la peste*.

—¿En serio? ¡Buenísimo! Pasame el primer texto que escribiste, me interesa mucho.

—Bueno, ahí va..., no seas cruel, jaja —le respondí.

Diario del año de la peste es una lectura doblemente recomendada. Primero, porque es propiamente una crónica, sin mayores pretensiones estilísticas, y se deja leer con gran placer. En segundo término, porque es asombrosamente actual, pero no solo en un mal sentido. Ya la primera vez que leí el libro —mucho antes de la actual pandemia— me sorprendía el hecho de que mientras muchos se dejaban llevar por la desesperación absoluta y caían en frenéticas manifestaciones religiosas (esto sigue igual hoy, aunque ciertamente en menor escala a la que se podría haber esperado), en la superstición (tal vez reemplazada ahora por las teorías de conspiración) o en la opción de huir a los bosques y evitar el contacto con otros humanos (algo que hoy no se podría, entre otras cosas porque no hay bosques), también había una considerable cantidad de gente, el autor entre ellos, que se aferraba a la evidencia práctica, a la ciencia, y no perdía nociones elementales de solidaridad con sus semejantes. Diario del año de la peste bien podría haberse escrito en el 2020 y no en 1722.

Yo aguardaba con el celular en la mano una respuesta de Jorge, sabés lo ansiosa que soy, pero solo llegó al día siguiente. Después de unos elogios terminaba diciéndome que él también había decidido escribir sus pensamientos y ocurrencias sobre lo que estaba sucediendo en el mundo. Sí, sí, pero esperá, escuchá lo que me escribió.

—Se llama *Anotador del año del engaño* —leí en el celular—. Como dice el proverbio: «El inexperto cree todo lo que oye; el que es astuto mira por dónde anda».

Ya el tono me picaba un poco, pero no iba a discutir con Jorge, tan «buen prospecto», como te burlaste con voz de tía solterona cuando te mandé su foto. Además, aquello bien podría ser solo un desliz de soberbia, totalmente perdonable si no nos ponemos quisquillosas. Hay cosas peores, si lo sabremos, ¿verdad? Esa misma noche le mandé un nuevo texto:

¿La pandemia pone fin a la aspiración globalista, la que pronosticaba el fin o la atenuación de los nacionalismos? ¿No es una prueba de eso esta suerte de «guerra de mascarillas» a nivel planetario que lleva a una potencia como EEUU a retener cargas e insumos médicos pertenecientes a un país tan pobre como Paraguay? ¿No es otra prueba la absurda «carrera por la vacuna», que no se arma siquiera sobre bloques (Occidente-Oriente; mundo-capitalista, mundo-socialista; países-hegemónicos, países-emergentes), sino directamente sobre las estructuras estatales nacidas hace 300 años y más? En lugar de cooperación para hacer frente a un enemigo común, vemos la competencia más despiadada.

Sí, sí, reconozco que es pretencioso, pero de verdad intentaba sacar en claro alguna enseñanza de lo que nos estaba pasando. Todos de alguna u otra forma hicimos el intento de superar el aturdimiento, buscando una comprensión elevada de esa cascada de hechos inéditos y desconcertantes que se nos vino encima en esos meses. Pero su respuesta no tiene desperdicio.

Debería ser más bien el fin de una pose de ingenuidad progre que levanta como bandera una improbable fraternidad humana más allá de todas las arraigadas diferencias y

desigualdades. ¿Criticar a un país por priorizar a su población? ¿Pretender que colaboren entre sí potencias divididas por intereses que ni siquiera podemos dimensionar? Eso tiene un nombre: mitomanía. (Anotador del año del engaño. Página 372).

Pasando a otro tema: ¿me darías una mano con el balance que pidió el gerente? Por faaaa.

Tenés razón: lo que más me ofendió es que después de acusarme de sostener una pose me pidiera ayuda en el laburo. Claro que no le contesté de inmediato. Me quedé rabiosa pensando dónde cuernos se había ido el tipo dulce con el que esperaba tomar una cerveza y reírnos de los compañeros de trabajo. Los mensajes se volvieron cada vez más ásperos. Mi turno:

Algo debería estar incubándose en las personas y en las sociedades en estos momentos. La cuarentena y la brusca modificación de las costumbres sociales guardan cierta similitud a la anidación, al proceso de cobijo y posterior eclosión de los huevos. Sería un desperdicio de tiempo y sacrificio si al término de este periodo no emerge —siempre en las personas y en las sociedades algún ser, criatura, engendro, Frankenstein, alien, etc., se entiende ya— desde el interior. Al menos tendría que tener algo de verdad aquello de que «nada volverá a ser como antes». Un ejemplo de que eso es posible lo dan los años inmediatamente posteriores a la gripe española, conocidos como «los locos años 20», cuando la gente se entregó a un hedonismo y un desenfreno muy fértiles para la filosofía y las artes. (Cuaderno del año de la pandemia. Tomo II, página 207. Ja ja).

Me irritaba que era capaz de contestarme al instante, como si no necesitara siquiera pensar o al menos pulir su mensaje. Dos minutos más tarde leí en el celular:

Proyectar los deseos y sueños personales a la realidad y suponer que esta se adaptará a aquellos es un camino seguro a la frustración. Es preciso mirar la verdad sin miedo y sin tragarse lo que «informan» los medios. Y la verdad es que este virus, aparecido de la noche a la mañana con un poder de contagio increíble, solo puede ser obra de un laboratorio. Hay mucha información al respecto circulando por ahí, para quien esté dispuesto a enfrentar las verdades incómodas. (Anotador del año del engaño. Página 558). Te paso unos links para que veas de lo que hablo...

Callate, Fátima, callate. Se pone mejor. Bueno, bueno, pensé, estoy ante un conspiranoico. Pero la verdad no me hacía gracia. Tal vez la pandemia me ponía más intolerante. Volví a escribirle al día siguiente. Ya para entonces nuestras comunicaciones se limitaban al duelo entre mi cuaderno y su anotador.

Las teorías de conspiración me parecen perniciosas porque desmovilizan. ¿Qué sentido tendría esforzarse para impulsar algún cambio en la sociedad si todo está dominado por un grupito invisible de personas ultrapoderosas? ¿Para qué pelear por frenar el cambio climático, por ejemplo, si al final del día todo se resuelve en una sala secreta a la que ingresan solo unos pocos?

Lo hice corto para no darle oportunidad de desplegar su agresividad. Ese día no estaba de ánimos. Abuela Zulma estaba internada con covid-19 y sentía que la garra del virus había golpeado a mi familia. No tenía ganas ni tiempo para ocuparme de un sujeto que

con toda seguridad tomaba dióxido de cloro o cualquier otra lejía semejante y que se daba el gusto de llamarme «ingenua progre». Sin embargo, su respuesta me sacudió.

¿Cambio climático? La mayor mentira de nuestros tiempos. Con o sin pandemia, vivimos un tiempo en el que los grandes medios de comunicación nos dictan qué pensar sin que lo notemos. El planeta ha tenido ciclos de calentamiento y enfriamiento a lo largo de millones de años. No hay fundamentos serios para afirmar que la acción del humano tenga incidencia en esos procesos. Te paso unos links para que no te quedes con lo que repiten y repiten los medios y las redes. Otro tema: ¿sigue en pie nuestro encuentro cuando finalmente levanten la payasada de la cuarentena?

Después de un momento de perplejidad tuve entonces esa comprensión elevada de la que te hablé antes, Fátima. Descubrí que de eso se trataba la pandemia y el futuro pospandemia. De ese duelo, esa confrontación que ocurría a escala mundial y que se reproducía en incontables espacios, en un sinfín de formas, incluyendo nuestro diminuto chateo con Jorge. No sé si vendrá un nuevo virus o explotarán las guerras entre potencias, pero es seguro que el futuro será escenario nuevamente de esa lucha, el porvenir planteará otra vez ese mismo desafío. Entonces corrí a escribir, pero no a Jorge, sino en las redes, en la que es hoy la tribuna, el ámbito de debate:

La pandemia corrió todos los velos y dejó al desnudo que existen dos mundos. Recuerdo que alguien describió esa contradicción con el ejemplo del astronauta que aborda un cohete que lo llevará fuera del planeta pero que guarda en uno de sus bolsillos una pata de conejo o algún otro amuleto de la suerte. La paradoja de la convivencia de la ciencia y la tecnología con el pensamiento mágico. Uno de esos mundos está erigido sobre la construcción colectiva del conocimiento y el otro es una argamasa hecha de sedimentos de creencias arbitrarias, prejuicios atávicos, supersticiones recicladas. No es poca cosa. En esa lucha se juega el futuro de la humanidad. En esa lucha yo ya elegí un bando.

¿Qué le respondí a Jorge? Muy corto:

Sin ningún problema. Pizza y cerveza, pero vos invitás.

Ahora que llegamos al final te cuento que acabo de dejar a Jorge en el bar. ¿Te sorprendí otra vez? No te preocupes. Todo bien, nada brusco ni hostil. Fue más bien una continuación de lo que nos veníamos escribiendo en las últimas semanas. No, no lo llamé cretino. «Cambiaste mucho en estos meses», me dijo sonriendo, casi al despedirnos. «Espero que sí», le contesté. Así que la pandemia sí cambió cosas. ¿Estoy más gorda? Puede ser. ¿Subió mi ansiedad? No tengo ninguna duda. Pero también aprendí algunas cosas. La principal es que hay que salir a dar la pelea, Fátima. No tengo idea de cómo será el mundo, la sociedad, de ahora en adelante, solo sé que hay que dar la pelea a los prejuicios, medias verdades y falacias de toda clase convertidas en la rutina de cada día. Y una cosa más. Si me ves de nuevo embobada con alguien que cree que la tierra es plana, te autorizo a que me des un garrotazo para despertarme.

SEGUNDO PREMIO

2110

Wilson Gerardo Parris Frings



El androide tomó entre sus dedos el pequeño tallo de la flor. Los pétalos violetas habían llamado su atención. Con un leve estirón la extrajo de raíz. La observó minuciosamente con sus enormes ojos de cristal líquido.

—No recuerdo este color —dijo—. No me lo insertaron en mi sistema.

El niño que lo acompañaba se paró al costado del androide y miró la flor. Se bajó el barbijo para descubrirse la boca.

—¿En serio nunca lo viste? Yo lo conozco desde hace años. Bueno, no es un color muy común ahora que lo dices. Creo que solo las flores lo tienen.

El androide permaneció de pie estudiando esos pétalos, hasta que el niño se alejó de él.

—Ya déjalo. Tenemos que buscar comida. Ya va a oscurecer.

El androide abrió sus dedos metálicos y dejó caer la delicada flor. Volteó la cabeza hacia el niño.

—¿Comida? ¿Para qué necesitas comida?

El androide y el niño caminaban uno al lado del otro sobre el sendero de tierra. El niño cargaba una bolsa con frutas que acababa de arrancar, junto con unas hierbas verdes.

—Si no como, me muero— objetó el pequeño—. ¿Acaso no lo sabes? Que tú no necesites comida no significa que yo tampoco.

El androide no contestó.

Veinte minutos más tarde, llegaron a una pequeña casita de madera. Solo tenía dos habitaciones dentro, además de un baño. Fuera de ella, se podía observar otra hilera de casas de iguales características. El niño tomó el picaporte y abrió la puerta. Una mujer le gritó desde el fondo.

—No te olvides del alcohol antes de entrar.

El niño se quitó las zapatillas y las dejó en la entrada. Una botellita de alcohol reposaba sobre una mesita alta justo al lado de la puerta. El niño se lavó las manos con ella. Se quitó el barbijo y lo dejó colgado en un perchero sobre la botellita de alcohol. El androide entró detrás de él y fue hasta la mujer.

—Buenas noches. ¿Puedo ayudar en algo?

La mujer guardó en la heladera un pedazo de carne y se limpió las manos con un trapo que llevaba en la cintura.

—Ahora no, Kapo. Estás liberado.

El androide dio medio vuelta y se dispuso para marcharse, pero se detuvo a mitad de camino.

—Tu hijo sigue sin sospechar nada —susurró a la mujer.— Pero acaba de decirme que necesita comer para poder vivir.

La mujer se quedó mirándolo en silencio. Se veía dubitativa, como si no supiese qué rumbo tomar. El androide prosiguió.

—Le recomiendo que no la vea cenar esta noche. Se le olvidará en pocos minutos. Me encargaré de que piense en otra cosa.

La mujer asintió, con un leve gesto de preocupación.

—Sí, está bien. Te lo agradezco. Pero... ten cuidado con él.

El androide fue a sentarse con el niño, que hojeaba un cuaderno con algunas anotaciones escritas a mano.

—¿Cuándo debo volver a la escuela? Ya extraño a mis amigos.

—Muy pronto —respondió Kapo—. Por ahora solo nos queda esperar.

—¿Hace cuánto que espero? Ya perdí la cuenta. Dijeron que la cuarentena terminaría este mes y que todos volveríamos a la normalidad.

La mujer escuchaba desde el fondo, pero no se inmiscuyó en la conversación.

—La pandemia ya está terminando —explicó el androide—. Solo aguanta un poco más. ¿No quieres jugar algo mientras?

El niño esperó para contestar. Cerró el cuaderno y lo lanzó al piso.

—No, ya me cansé de hacer siempre lo mismo dentro de la casa. Quiero salir todo el tiempo. Ya no aguanto estar encerrado.

—Te puedes contagiar.

—No me importa. Ahora ya me da lo mismo. ¿De qué me sirve estar vivo si no puedo hacer nada? Poder respirar no es lo mismo que vivir.

La mujer se acercó a un costado de Kapo.

—Aparentemente no hay solución. Todos terminan en lo mismo tarde o temprano.

El androide se puso de pie.

—No digas eso —objetó—. El niño te puede oír.

—No se le puede ocultar para siempre. Es evidente que no nos queda otra opción.

El niño intervino en la conversación.

—¿De qué hablan? ¿Qué estás diciendo, mamá?

El androide miraba a la mujer con sus enormes ojos, esperando el desenlace. Hizo un leve gesto negativo con la cabeza.

—¿Entonces tu experimento con él llegará a su fin? —le consultó a la mujer.

La mujer dijo que sí con un gesto de la cabeza y se sentó junto al niño. Posó su mano sobre la de él.

—¿Recuerdas el año en que empezó todo? ¿La pandemia? —preguntó al pequeño.

—2020 —respondió al instante.

—Muy bien. ¿Y en qué año estamos ahora?

El niño lo pensó por un momento. Sus facciones se contorsionaron, como intentando dar con una respuesta. Se mostró molesto y dolido al mismo tiempo.

—¿Dos mil... veinte? —contestó, con un dejo de inseguridad.

La mujer respiró antes de continuar, como dándose ánimos.

—Kapo me mencionó que le dijiste que tenías que comer para vivir. ¿Es cierto eso?

—Sí, claro que sí. ¿Qué tiene de malo?

—Nada, solo que... ¿Recuerdas cuándo comiste por última vez?

El niño arrugó la frente. Bajó la mirada. Intentó decir algo, pero sus labios quedaron a mitad de camino y al final no dijo nada. La mujer continuó:

—¿Sabes por qué no lo recuerdas?

El niño negó con la cabeza.

—No lo recuerdas, porque nunca antes comiste nada.

Él se sobresaltó.

—¿Qué dices? Por supuesto que comí algo antes. Si no, ya me hubiera muerto de hambre.

—Tú no sientes hambre. Solo tienen recuerdos falsos de que has comido.

Kapo se posicionó frente al niño y se arrodilló para estar a su altura. La mujer agradeció el gesto, porque necesitaba ayuda y, a decir verdad, no sabía cómo continuar la conversación.

—Estás al tanto de lo que produjo la pandemia en la gente, ¿cierto? —le preguntó el androide—. La necesidad de vivir encerrados, poco contacto con el mundo exterior, los cuidados de cada uno para no contagiarse, todo eso.

El niño asintió con la cabeza.

—Bueno, todo fue en la primera oleada del virus. La del 2020. Duró más de dos años, y produjo grandes cambios a nivel mundial. Dos décadas después, vino la segunda oleada. Fue todavía más destructiva que la primera.

—¿Dos déc...? —El niño no entendía bien. ¿De qué estaba hablando el androide? Eso no podía ser posible.

—Sí, dos décadas.

—Pero si todavía estamos en el 2020 —El pequeño miró a su madre, como una súplica de que le explicara lo que estaba escuchando—. ¿En qué momento pasaron otros veinte años?

—No, no pasaron otros veinte años —contestó Kapo—. Pasaron noventa. El niño abrió los ojos como platos.

—La segunda oleada nos hizo mucho daño a todos —continuó la madre—. Tanto así, que casi la mitad del mundo falleció a causa de ella. A pesar de todos los esfuerzos, no se pudo salvar a nadie. Y los que se salvaron, como mis padres, tuvieron que refugiarse en un lugar muy lejos de sus casas, donde se podía al menos controlar la diseminación del virus. Solo los no portadores podían ser parte de esa nueva comunidad. La carga viral se volvió demasiado letal, y era casi imposible entrar en contacto sin contagiarse. Las zonas infectadas quedaron desoladas y, con los años, tuvimos que crear un método para verificar si todavía existía contagio en los alrededores, y los profesionales que quedaban, ingenieros, matemáticos, constructores, idearon una manera segura. Crearon androides que respondían a nuestros comandos. Androides que no podían ser afectados por el virus, para poder recorrer el mundo y recoger muestras del suelo, del aire, de las plantas, donde fuera que el virus pudiese seguir activo. Los androides fueron perfeccionándose cada vez más, hasta el punto de que los produjeron en cantidad y formas variadas, así como Kapo y...

El niño miraba a su madre y esperaba que continuara, pero fue Kapo el que terminó la frase.

—Así como tú —sentenció—. Tú también eres un androide.
El niño se puso de pie casi de un salto. Su rostro se desfiguró.

—Yo no soy un androide. ¡Soy un niño! Soy tu hijo. —Se dirigió a la mujer—. No soy...

—No eres un ser humano —le contestó la mujer—. Y yo no soy tu madre. Tú también eres un androide como Kapo, diseñado para recoger muestras, como lo has hecho hoy y como lo vienes haciendo desde hace quince años. Eres un androide con forma de niño, solo para ser más agradable a la vista de otros seres humanos. Y yo decidí tratarte como a un niño de verdad, porque no puedo tener hijos propios. Fue una decisión personal mía. Pero sabía que tarde o temprano llegaría el momento de que te dieras cuenta. Kapo me ha estado ayudando a que todo pareciera normal.

—Pero yo recuerdo...

—Son recuerdos implantados —interrumpió Kapo—. Yo también los tengo.

—¿Y por qué me lo dicen recién ahora? ¿Por qué esperaron tanto?

—Porque deseaba tener una vida normal —explicó la mujer—. La pandemia nos ha robado esa vida que siempre tuvimos. Nos dejó tan mal a todos, que casi perdimos nuestra propia humanidad. A pesar de los esfuerzos por sobrevivir y llevar una vida plena, el virus sigue ahí en alguna parte, y no nos deja entregarnos completamente a lo que somos como seres humanos, como personas, y debemos vivir siempre cautos, siempre con cuidado, como escondidos de algo que no podemos ver. Y yo quería, al menos un tiempo, tratarte como si fueras un niño que tiene la esperanza de crecer y ser feliz, porque eso me hacía feliz a mí. Lo sigue haciendo, a pesar de todo. Y me gustaría, si tú quieres, que sigamos así.

—Pero, ¿y la escuela? ¿Mis amigos?

—No son reales. Así como te dijo Kapo, son memorias implantadas, para que convivir con los androides sea más placentero para nosotros los humanos. A pesar de todo, nos gusta conversar y tener alguien con quien pasar el tiempo. Y los androides nos ayudan con eso, ya que llegó un momento en que nos dio miedo acercarnos a otros humanos para evitar un contagio. Nos alejamos bastante uno del otro, y hasta tratamos a los pocos que lograron recuperarse como si fueran personas peligrosas, como si fueran veneno. Pero no siempre es así. También intentamos sanar todos juntos, recuperar lo que perdimos, volver a ser como antes. No perdemos la esperanza.

El niño se volvió a sentar y, delicadamente, hizo un movimiento de asentimiento con la cabeza, como aceptando su nueva realidad.

—Entonces, todo es falso —dijo él—. Yo no necesito barbijos ni lavarme las manos, solo lo hacía por ti.

—Así es. Tú no puedes contagiarte, pero sí me puedes contagiar a mí.

—¿Y las frutas que recojo no los puedes comer?

—No, nosotros tenemos nuestras propias plantaciones. Todo lo que recoges se lleva a un laboratorio para que sea analizado.

—Pero ¿y la pandemia? ¿Terminará algún día?

La mujer miró a Kapo antes de contestar. Se tomó unos segundos y luego volvió a dirigirse al niño.

—Sí, terminará algún día, y muy pronto. Estamos seguros de eso. No podemos rendirnos. Los análisis y resultados actuales son prometedores. Mientras tanto, seguiremos haciendo lo que los humanos sabemos hacer muy bien: sobrevivir. Sobrevivir y adaptarnos a los cambios, sean cuales sean. Siempre lo hemos hecho, y así permanecerá.

Los tres se quedaron en silencio un momento. Ya no había nada que decir. Hasta que, repentinamente, Kapo se levantó y tomó el cuaderno que el niño había lanzado al suelo. Le sacudió el polvo, lo abrió en la mitad y lo posó sobre el regazo del pequeño.

—¿Qué te parece si terminas tu tarea? —le sugirió—. Y luego podremos jugar algo.

La mujer comprendió lo que el androide intentaba hacer. Le sonrió y también se puso de pie.

—Sí, y yo terminaré la cena. ¿Ya tienen hambre? —preguntó con un guiño.

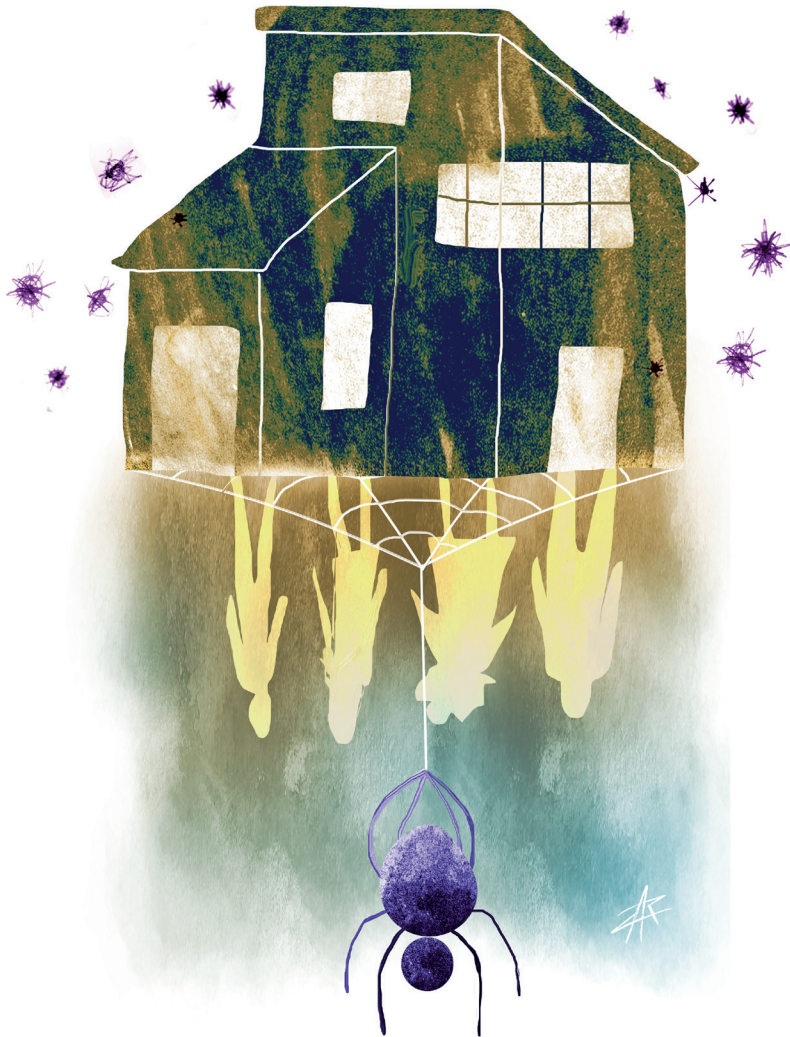
El niño volvió a cerrar el cuaderno, pero esta vez con cuidado. Levantó la cabeza hacia la mujer, y le obsequió una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, ya tengo hambre.

TERCER PREMIO

En esta casa

Pedro Alfonso Caballero



La gente desaparece en esta casa. Los que quedan están más apurados por Marina, la contienen para que no se escape. Yo la encuentro frente a la puerta de entrada. No sabe con certeza si debe derrumbarla de una y salir corriendo, o asegurarla con llave para siempre. La observo en silencio. Puedo escuchar sus muñones golpeando la madera repujada, pum-pum-pum, suave, lenta y casi rítmica. A estas alturas ya es imposible hacerle entender ciertas cosas. Hacerle entender, por ejemplo, que la pandemia sigue ahí, o que su novio-araña la dejó abandonada en esta casa donde nos extraviamos cada tanto.

Ella era una persona normal, como todas las chicas de veinte. Bueno, en realidad, todos éramos normales hasta hace un año, cuando llegó esta pandemia; que no era pandemia al principio, sino una gripe mortal, que luego pasó a ser un virus con mortalidad alta y mortalmente contagioso. La palabra *mortal* se volvió cotidiana en el lenguaje de la tele, de la calle y de la casa; terminamos normalizándola. En cambio, todos nos enrarecimos. Y en esta confusión, la más rara de todas es Marina, aunque ella diga lo contrario.

«Mi novio es una araña», me dijo, cuando una noche la escuché hablando con alguien en su cuarto. No supe qué pensar, e imaginé a un muchacho con el cuerpo parecido al de esas arañas que encontrábamos en el altillo: con sus patas largas, velludas y pringosas que sostenían una barriga abultada. Me explicó que vivía bajo la casa y por las noches escalaba la pared que daba a la calle (y podía hacerlo, porque es un novio-araña), entraba al cuarto y conversaban de la vida. Dijo: «Guardame el secreto, bebu». Recuerdo que fue una semana antes de la pandemia; también recuerdo que le dije que cuando tuviese su edad me buscaría una novia-araña para charlar. Mentí. Ella se rio. Fue la última vez que la vi reír así.

Mamá entra en escena con su traje de astronauta; se pone frente a mí, firme, erguida, con los brazos cruzados y moviendo la cabeza a un lado y al otro. A veces creo que ya le perdió la paciencia a mi hermana. Lo sé porque sus zapatos no paran de taconear las baldosas blancas, que ahora ya son ocre, y que luego serán de un color gris oscuro.

—Atajala, por todos los cielos, que se desaparece de nuevo —le dice a mi hermano Alberto, que corre aferrado a su casco de plástico, sin poder llegar a tiempo.

En realidad, no es la primera vez que dentro de esta casa alguien desaparece en un lugar y aparece en otro. Papá lo hizo después de haberse contagiado. Estaba tosiendo en el baño de su pieza y, de repente, apareció aislado en la sala. Tardaron un montón para encontrarlo; no quisieron que lo viera, porque de nuevo desapareció y, según mamá, quedó encerrado en una caja de donde ya no puede salir. Yo lo extraño, más por las noches cuando lloro, y no quiero llorar porque sudo, mojo la cama y tiemblo, rodeado por las cortinas que parecen cortinas de ducha. La señora que nos cocina quiso consolarme un día y también terminó desaparecida. Se esfumó, así nomás. Desde ahí que todos andan jugando a los astronautas y temen la desaparición de mi hermana, a la que no le gusta la ropa de astronauta, la muy tonta.

Mientras buscan a Marina, intento pasar el rato mirando la tele. Dicen muchas cosas en la tele, cosas como: «La pandemia extravía gente. Cuídense de los contagios» o «El

virus llegó para quedarse... Tome Coca-Cola y refresque sus jornadas» o «La guerra por la vacuna es inminente». Pasan imágenes de personas con el rostro tapado, algunas llorando y otras paseando perros. Cambio de canal y es casi lo mismo, dicen que lo normal ahora, y durante mucho tiempo, es no saludarse, no-abrazo, no-beso. Me cansa esto y busco el programa de *rock*; lo pongo fuerte porque suena AC/DC, que es la banda favorita de mi hermana, para que la escuche y pueda encontrarnos de nuevo. La música se confunde con los quejidos de mamá:

—Marina-por-Dios —dice, y no para—. Marina-por-Dios-Marina-por-Dios.

Pareciera que a Alberto no le hiciese tanto problema AC/DC. Él está concentrado en encontrar a nuestra hermana. Busca entre los libros del despacho, se agacha bajo la mesa del comedor, explora entre la ropa sucia del lavadero, espía tras las puertas del pasillo como si Marina estuviese jugando a las escondidas. Observa que mamá se dejó caer sobre las baldosas descoloridas del recibidor y corre a levantarla.

—Acá abajo no está —dice Alberto—, ¿será que subió al cuarto? En el cuarto, mamá, en el cuarto.

Los dos se sostienen el uno al otro y suben por las escaleras hasta la pieza de Marina. No creo que esté ahí. Las únicas veces que se la encontraba en su habitación era para arreglarse, porque sabía que su novio-araña la vendría a visitar y nadie se percataba de eso. Pensaban que ella se emperejilaba por puro narcisismo, como decía papá. En otras ocasiones, me permitía entrar y subirme a su cama para leer juntos historias de terror. Fueron los tiempos cuando Alberto se iba a estudiar a la capital y yo no quería dormir solo en el cuarto. Mi hermano estaba los fines de semana, porque los otros días se preparaba para ser abogado en una de las universidades del centro, pero después fue quedándose más en casa. Primero, se iba algunas horas y regresaba enseguida; luego, tenía clases encerrado en el despacho de papá, hablando desde un micrófono; y, más tarde, ya ni eso. Comenzó a decir que esto era a propósito, que quién sabe si alguna vez se abrirían las escuelas, que los de arriba nos quieren burros, y así. Alberto es muy bueno, aunque demasiado sincero, como le decía mamá mientras le acariciaba su cabello tan bien peinado.

Ahora estoy con mamá, pero sin Alberto. Por su lloriqueo ahogado bajo la mascarilla, me doy cuenta de que mi hermano también desapareció. Puedo ver la preocupación en su rostro, aun con estas cortinas de ducha en medio. Hay mucha gente que entra y sale de mi pieza; seguramente vinieron para ayudar a encontrar a mis hermanos y, por qué no, a papá también, y a la señora que cocina, por supuesto. Escucho que hablan entre ellos y pronuncian una vez las palabras «mortal y contagioso», otra vez «asintomático», varias veces «desaparecido», mientras le piden a mamá que se aleje más de la cama. Ojalá y mamá no se pierda de mí; no quiero quedarme solo en esta casa tan grande, aburrido, y con el sonido del *pip-pip-pip* de la máquina de al lado.

A veces, cuando despierto en esta cama (de donde no quieren que me levante porque puedo perderme), pienso en que toda la gente desaparecida está debajo de la casa, resguardados por el novio-araña de mi hermana. Yo no bajaría, porque me dan un-no-

sé-qué las arañas; si me viene a buscar, con la excusa de «Marina te extraña y quiere verte», me negaría rotundamente. Porque si el novio-araña es como las que están en el altillo, regordetas y caraduras, no es de fiarse mucho de él. Allá Alberto y Marina con su elección. Me basta con saber que mis hermanos están ahí, sin desaparecer del todo.

Parece que mamá también desapareció y fue a parar debajo de la casa. Hace días que no la veo por mi cuarto, en donde duermo, despierto, me vuelvo a dormir y despierto de nuevo. Intento preguntar a la gente con trajes de astronauta que pasan y pasan frente a mi cama. No contestan. Me levanto y camino hacia el pasillo, mientras ellos corren, bajan por las escaleras y llegan a la puerta del recibidor. Escucho gritos, portazos y golpes secos. Miro por la ventana antes de llegar a los peldaños: veo caer gente en la calle, se revuelcan un poco, se retuercen, para luego evaporarse sin más. Bajo lento, porque me siento mareado y algo confundido. Ya no hay nadie.

Estoy frente a la puerta de entrada que está abierta. Ahora soy yo quien no sabe si salir corriendo. Quiero hacerlo, pero sé que los demás no están afuera, sino debajo de la casa, con el novio-araña, protegidos y seguros. La calle parece desierta; a lo lejos se escuchan algunas voces lejanas, como apagándose. «La cosa no está tan mal», pienso, mirando mis manos transparentes. Mientras cierro la puerta con llave, intento llegar al sótano, por lo menos, antes de desaparecer por completo.

MENCIÓN ESPECIAL

Cambios

Matías Nicolás Meza Amarilla



Todas las mañanas me subía sobre mi humano para despertarlo. Si no lo despertaban mis maúllos, lo hacían mis dientes. Él creía que lo hacía por hambre, pero solo quería que despertara para jugar conmigo.

Siempre trataba de ayudarlo cuando se ponía los zapatos, pero mi humano no me dejaba atarle los cordones. Para que me recordara durante el día, me aseguraba de que llevara mi pelo por toda su ropa. Todos los días mi humano salía de la casa y no entendía por qué, si hay comida y juguetes, ¿para qué salir de aquí?

Durante los días de verano, me pasaba toda la mañana acostado en la cama debajo del ventilador. Por las tardes me asomaba a la ventana para observar todo lo que ocurría en el patio trasero: la humana anciana de René daba de comer a las palomas; el humano de los mellizos Tom y Moon juntaba los mangos que caían; los humanos pequeños se amontonaban contra el heladero que entraba al edificio, bajo la escéptica mirada del viejo pastor alemán.

En épocas de frío, no sabía nada de la vida fuera de casa. Me pasaba días enteros en un hueco que yo mismo me hacía entre edredones y frazadas en la cama. Una vez, me quedé profundamente dormido y mi humano creyó que me había escapado. Al acostarse se dio cuenta de que el bulto sobre el que se había acostado no era una almohada.

Cuando había tormenta me escondía debajo de la cama. Odio las tormentas, mucho. Mi humano entendía eso y sabía lo que le esperaba si trataba de sacarme de mi escondite.

Había días en el que mi humano traía a otra humana a la casa. Pasaban todo un día acostados viendo la televisión. Era muy agradable, sabía dónde no me gustaba que me acariciaran y siempre que venía me traía croquetas riquísimas. Sabía que también le gustaba a mi humano porque cuando estaban juntos él no dejaba de reír.

Todas las noches él me dejaba salir para que pudiera hablar con los otros gatos del edificio. Era interesante escuchar a René hablar sobre su humana y su extraña costumbre de no dormir sin que él le estuviera calentando los pies, ver cómo los hermanos Tom y Moon iban detrás de un ratón alborotando a todo el edificio, saludar a uno que otro gato nuevo, molestar al viejo pastor alemán que durante el día permanecía amarrado y degustar los exóticos alimentos que los humanos del caniche del primer piso le daban de comer.

Donald era el más viejo entre nosotros, un gato más grande que el caniche del primer piso, con bigotes muy largos y blancos, una oreja cortada en la punta y una mirada que inspiraba sabiduría. Nadie sabía con certeza hacía cuánto tiempo vivía en el edificio, quiénes eran sus humanos ni en dónde se refugiaba en los días de lluvia. Sobreviviente de incontables batallas, podía entretenernos durante horas con historias sobre otros gatos y otros humanos que conoció en las afueras. Tenía una relación especial con Negro, el viejo pastor que vigilaba el patio durante las noches, pues se comunicaban a través de simples gestos, se entendían muy bien y, en las noches de extremo frío, dormían juntos en la vieja casa de madera que el humano de Negro había construido para él. Si no fuera por ciertos detalles, uno creería que eran hermanos.

En noches en las que no podía salir, Muzza subía a la cornisa de la ventana para contarme todo lo que me perdía. Ella era una gata que había venido con una gran familia de humanos hacía un par de años. Su encanto derritió a todos en el edificio en poco tiempo, incluyéndome. Fue madre sustituta de los mellizos Tom y Moon y, debido a su voraz apetito, entabló una estrecha relación con el caniche del primer piso. Era especialmente habilidosa para escalar árboles, cazar cucarachas y estar al tanto de todo lo que pasaba en el patio y en los pasillos del edificio.

Una noche, cuando mi humano llegó cansado y se tiró a la cama a dormir, no pude salir y esperé en la ventana durante horas a Muzza. Me sentí muy triste cuando René me contó que sus humanos y ella tuvieron que abandonar el departamento de un día para otro.

Muzza fue la primera, poco a poco los demás gatos y perros también tuvieron que abandonar el edificio.

En unas pocas semanas el edificio perdió alegría: el caniche de la planta baja fue uno de los primeros en irse, él nos dejó un poco de su extraña comida en un hueco que tenía un viejo árbol del patio; los hermanos Tom y Moon ya no entretenían a los vecinos con sus travesuras; cada vez la noche estaba más silenciosa. A Negro nunca lo volví a ver desde que subió a una camioneta, con la mirada triste que en otros tiempos imponía temor y respeto a todo aquel que cruzara los portones del edificio. Poco tiempo después, Moon contó que vio desde la ventana más alta a Donald desaparecer en la oscuridad de los tejados de las casas aledañas al edificio, sin mirar atrás y sin haberse despedido de nadie.

Fue en esa época en la que noté que la humana que siempre me traía croquetas ya no venía a casa. También noté a mi humano con menos ánimo y ya no me sonreía cuando lo despertaba como lo hacía antes.

Antes de ir, René me dijo que pronto me tocaría a mí y que era algo por lo que todos los gatos y perros de todos los edificios estaban pasando. Mencionó que en las últimas semanas había visto a su humana más triste, que la comida en su casa escaseaba y que la casa, que en otros tiempos estaba perfectamente limpia, comenzaba a llenarse de polvo y suciedad.

Un día, mi humano no se levantó, le hablé y mordí, pero me lanzó una mirada que no pude interpretar y volvió a dormir.

Luego de ese día, las cosas cambiaron bastante. Él ya no salía todos los días, se quedaba acostado durante toda la mañana hasta la hora del almuerzo. Hubo días en los que no se levantaba para nada, ni siquiera para dejarme salir al patio. De todas maneras, era una época de frío y lluvias, así que me acostaba a su lado para mantenerlo caliente. La comida comenzó a escasear, no solo la mía sino también la de él. Llegaba luego de todo un día fuera, cansado y sin ánimos de nada. Cuando traía algo para comer, se lo agradecía ronroneando y dejando que me acariciara. Cuando no lo hacía, le convidaba el mejor pájaro del patio que hubiese podido conseguir.

Cada día veía a mi humano más flaco, pálido y con unas ojeras más profundas. Tenía una tos similar a la tos que retumbaba por todo el edificio de la humana de René y una mirada triste que me recordaba a Negro subiéndose a la camioneta con mucho esfuerzo. Me preguntaba dónde estaba Donald, él sabría qué hacer para ayudar a mi humano.

Volví a ver a la humana de las croquetas un día, ella llevaba un pedazo de tela cubriéndole la mitad de la cara, similar a la que usaban los humanos que llevaron a Negro. Entró a nuestra habitación, recogió algunas cosas que había dejado hace un tiempo y, sin mirar a mi humano que estaba siguiéndola con la mirada desde el sofá de la sala, salió rápidamente del departamento. No vi que haya dejado ninguna croqueta para mí.

Siempre que me asomaba por la ventana, veía a los humanos usando ese pedazo de tela cubriendo casi toda la cara. Si René estuviera ahí, le hubiese causado mucha gracia. Espero que, donde esté, se esté riendo de lo mismo conmigo.

Hace dos días hubo una tormenta muy fuerte y ruidosa, la lluvia golpeaba la ventana con tanta fuerza que el agua se filtraba por ella. Truenos caían sin cesar, retumbando por todo el departamento, que era intermitentemente iluminado por los relámpagos cuya luz entraba por la misma ventana que parecían estar por quebrar. A la noche, cuando todo se calmó, salí al patio y me encontré con la casa de Negro esparcida por todo el patio, como si alguien la hubiera arrastrado con la misma energía que el viejo pastor tenía hace unos años.

Creo haber visto a Donald buscando algo entre los pedazos de madera de la casa, pero, al notar mi presencia, dio un salto y se escondió en la oscuridad de la noche. Lo escuché maullar durante toda la madrugada.

Hoy mi humano no despertó, es un día lluvioso, así que supongo que no saldrá de casa. Lo dejaré dormir más y me acostaré a su lado para que sepa que estoy aquí.

MENCIÓN ESPECIAL

Atián, Titán y el colado Franky

María Ángela Duarte López



A este que venía corriendo y rengueando yo no lo conocía. Llevaba tanta prisa que a duras penas pude esquivarlo. Me asustó su cara enardecida y su boca jadeante y con la lengua afuera, un poco baboso. Supuse que sería el perro de los nuevos vecinos de cuatro cuadras abajo, que como muchas otras familias llegaron a la ciudad del Chaco a trabajar con esta gente trabajadora y noble, un tanto brusca y seca como el clima, con rostros marcados por el ceño protector contra la insoportable luz solar de este lugar casi desértico. Esa familia trajo con ellos al niño Sebastián, de cuatro años.

La zona era bastante agreste pese a la población ahí instalada y era muy necesario adoptar rituales de protección para el niño Sebastián y para todos los miembros de la familia, de aquellos animales silvestres y salvajes que de tanto en tanto merodeaban por los alrededores de la ciudad, atraídos por los olores a comida y basura amontonada. Las más temidas eran las víboras, debido a lo difícil que era verlas. Los animales elegidos para la tarea, por consejo de pobladores y conocedores del tema, eran los perros.

Así, los padres del niño Sebastián trajeron desde su hogar natal a dos vigorosos cachorros, de pocos meses, de pura genética callejera. La ceremonia de elegir un nombre adecuado se la dejaron a él, quien ya hablaba; así que, de este modo, llamó al primer perro Atián, apócope surgido de pronunciar su propio nombre: Sebastián.

Atián tenía rasgos mezclados de una larga consanguinidad de razas de todos los tipos y colores, distinguiéndose el hocico de un pastor, pelaje de cocker, vecino de al lado, cola con movida en barrida de izquierda a derecha, colaboración del manso labrador negro del vecino de enfrente, y en la mezcla de todos prevalecía su alegría y sumisión permanentes, registradas con un gemido similar a un lloriqueo al acercarse a su amo Sebastián.

Al segundo perro, el niño Sebastián lo llamó Titán, nombre abreviado cuyo significado era «es de Sebastián», según se concluyó en un almuerzo familiar.

Titán tenía pelaje oscuro, con breves manchas amarillo-anaranjadas en el pecho y las patas. Era austero en sus demostraciones de cariño, aunque se rendía ante el niño Sebastián; sus orígenes también eran inciertos y su árbol genealógico tenía colaboraciones de numerosas razas, pero, extrañamente, permaneció un fuerte rasgo de la raza rottweiler, fácilmente deducible de su carácter áspero e indómito.

Ambos crecieron junto al niño Sebastián y lo cuidaban en sus incursiones al patio, cuando sacaban el carrito a pasear o cuando su madre lo dejaba a la vista de los dos mientras ella estaba en la cocina y solo de vez en cuando verificaba la ubicación de su hijo jugando y la de sus mascotas rodeándolo, atentos a sus incipientes palabras.

La casa estaba situada en una esquina y el patio ocupaba un cuarto de cuadra, además, la construcción estaba rodeada de anchos corredores, separada de la calle por un enrejado tupido y alto, enterrado medio metro en el duro y seco suelo, elevado casi dos metros sobre su nivel.

Pronto los cachorros fueron más grandes que el niño, y Titán empezó a mirar la calle con otras intenciones. Su raza llevaba mandatos centenarios, de tal naturaleza que muchos de ellos no se avenían con las expectativas de los amos.

Solía suceder que en la oscuridad inicial de la tarde avanzada y a la noche veían pasar manadas de carpinchos buscando abreviar en el tajamar cercano y de paso tumbar algunos botes de basura, en busca de comida fácil. Podíamos predecir su presencia por los fuertes aromas que antecedían a la manada.

Al principio, Atián y Titán solían correr furibundos, ladrando amenazantes —actitud requerida por los amos— contra la valla que rodeaba la casa y separaba a los carpinchos de la pelea directa con ellos, hasta perderlos de vista, pero el fétido olor persistía un buen rato. Era el simulacro de un evento que, probablemente, jamás se produciría, pero era la oportunidad de justificar la presencia de los perros en la casa, más aún cuando los carpinchos se dispersaban en todas las direcciones.

Para Atián el trabajo de cuidar la casa de un hipotético ataque de carpinchos terminaba cuando ellos se perdían de vista, tal vez asustados y, a partir de ahí, buscaba un lugar fresco para recuperar el aliento, aunque siempre atento para iniciar toda la parodia de nuevo. Su vida se resumía en esos actos divertidos. Sin embargo, para Titán, hubo un momento en el cual solo asustarlos ya no era una opción. Decidió hacerles frente.

Atián, como era de esperarse, se opuso a que su amigo tomara otro camino que no fuera el de permanecer fieles al mandato de los amos y soltaba interminables lamentos para hacerlo cambiar de parecer o alertar a los amos cuando Titán traspasaba la alta valla para ir tras los carpinchos o simplemente se escapaba.

La vida rutinaria de paseos con pechera y correa y viajar en la carrocería de la camioneta con las orejas al viento no eran para Titán, que esperaba algo más de la vida.

En una de tantas noches, alertado por los gemidos de Atián, el amo despertó sobresaltado y en la oscuridad pudo ver a Titán en su cacería nocturna, atacando a los carpinchos, quienes se dispersaban para no ser atrapados.

Si los carpinchos no aparecían, Titán los iba a rastrear a las aguadas cercanas, tal su cometido para atraparlos. Pero, mientras, descuidaba a su pequeño amo.

Titán preparaba sus escapes buscando las partes débiles de la valla, y para lograr su objetivo arañaba la tierra, cavaba en los bordes de los postes, incluso mordía los alambres con frenesí hasta conseguir que cediesen ante el empuje de su cuerpo. Pero agujero hecho, el amo, con mucha paciencia, lo cerraba. Cada agujero hecho era trabajo de más para el amo al día siguiente.

Varias veces, al llegar a la casa luego de un largo día de trabajo, el amo salió a buscarlo y lo encontró tumbado y sin fuerzas, en ocasiones herido y con la mirada dura y frustrada. Entonces lo alzaba con mucho cuidado, cargando su pesado cuerpo, sintiendo una mezcla de cariño y fastidio, y lo llevaba a la casa, lo ubicaba en el pasillo donde corrían frescos vientos y frente a él dejaba agua fresca y comida.

Cada regreso de las cada vez más prolongadas ausencias de Titán venía acompañado de heridas cortantes en diversas partes del cuerpo. Creo que solo volvía por el niño Sebastián.

La más prolongada de sus correrías duró casi una semana y, una tarde, casi noche ya, apareció con un ojo casi desorbitado y el otro totalmente inflamado, evidencia de algún tarascón violento y un encuentro sangriento con los carpinchos. Pero también significaba una visita del veterinario para curarlo. En esa ocasión, al hablar de la conducta de Titán, se escuchó al veterinario decir graves palabras como: no creo que cambie, ya está cebado con la sangre, es un peligro para la familia y sobre todo para Sebastián, hay que dormirlo. Tal era el desasosiego por la conducta de Titán.

Pero entonces llegó la pandemia del covid-19. Y empezó una dura cuarentena. Las ciudades se cerraron, las rutas de entrada se clausuraron y se prohibió la circulación de autos de una ciudad a otra, de modo que las salidas eran al solo efecto de comprar provistas y medicamentos. Los habitantes del Chaco central se aislaron aún más del resto de la gente, las pocas tiendas permanecían cerradas, las calles vacías mostraban un desierto polvoriento y esporádicamente algunos habitantes podían ser vistos en sus patios.

El niño Sebastián también permaneció encerrado. El portón de acceso a la casa fue clausurado con un candado y nadie podía entrar o salir, los depósitos y congeladoras se llenaron de provistas para enfrentar el prolongado e incierto encierro, el trabajo de los perros se volvió más relajado y no hubo ni siquiera paseos con correa ni pecheras.

Y con la pandemia vinieron los incendios y la sequía. El humo de los interminables incendios, el calor y el polvo se convirtieron en la pesadilla diaria de todos los habitantes de Ciudad del Chaco. El agua escaseaba.

Pero los carpinchos aún paseaban de noche en las calles solitarias, ahora más que nunca y, en la soledad de la pandemia, se tornaron amos del lugar, circulando descaradamente frente a las propias narices de los perros, mostrándose desafiantes y poderosos. Titán encontró su razón para vivir.

En defensa de Titán, puedo afirmar que intentó comportarse de otra forma, aunque no rechazaría ningún desafío. Y de la nada, un día, los carpinchos dejaron de pasar por el costado de la casa.

Una noche calurosa y pesada, ya dormidos los perros en el largo corredor alrededor de la casa, luego de una cena llena de calorías, empezó a sentirse el fuerte aroma hediondo de la piel de los carpinchos. Titán paró las orejas.

Al acercarse a la cerca de la casa, Atián empezó a ladrar más por compromiso que por convicción, con la panza llena y confiando en alejarlos solo con sus ladridos.

Sin embargo, Titán se lanzó a la carrera y todos los carpinchos siguieron la rutina de correr a lo largo de la calle para dispersarse a los pocos metros. Ninguno se dio cuenta de que Titán había abierto un agujero lo suficientemente grande para salir raudamente por allí y atacar de sorpresa al primer carpincho que pasara frente a él. Lo mordió en la pata, y el animal lanzó una mordida al aire, pero logró soltarse y salir corriendo. Titán ya lo había atrapado una vez. En sus fauces quedaron gotas de la sangre del carpincho y, con la convicción de volver a hacerlo, lo siguió, manteniéndose en el centro de la

manada. Todos los demás se lanzaron a correr hacia la oscuridad, pero uno de ellos, el carpincho alfa, se dio vuelta y enfrentó a Titán.

Sus ojos brillaban en la oscuridad y también los de Titán; midieron sus fuerzas, y fue Titán quien saltó primero sobre el enorme animal para apretar el cuello en forma eficiente, como sus antepasados le habían transmitido de generación en generación, aunque ahora debía hacer gracias y maromas para ganarse su comida.

El carpincho intentó zafar del apriete, sin poder lograrlo, y solo supo que se salvaba cuando uno de los suyos intervino en la pelea y atacó por detrás a Titán, mordiéndole en la pata, haciéndole perder el equilibrio y la presa mayor. Pese al dolor, Titán logró morder a su atacante y, en medio de la arena seca mezclada con sangre, ambos se separaron: fue la oportunidad que aprovechó el carpincho para evitar un nuevo ataque de Titán. Vacilante y aturdido por el dolor, Titán regresó a la casa, se deslizó bajo el alambrado y a duras penas llegó al pasillo donde estaban Atián y Franky, asustados por los aullidos de dolor de Titán.

Atián se acercó y le lamió las heridas y fueron juntos a descansar bajo el alero, un viento norte pesado y cargado de feos aromas y presagios rodeaba el lugar. Nuevamente el veterinario fue convocado, aunque Titán trató de pasar desapercibido.

La carga callejera de Titán era muy fuerte, su personalidad estiraba hacia viejas querellas con sus enemigos declarados, los carpinchos. Las heridas que surcaban su cuerpo escribieron un destino del cual Titán no rehuyó.

La pata herida y vendada fuertemente, los analgésicos y otros calmantes lograron mantener a Titán tranquilo y fácil de dominar, ya que difícilmente podía moverse, pero en su cabeza resonaban las palabras del veterinario. Sus actos tendrían consecuencias.

El final de la pandemia y la cuarentena llegaron después de largos meses. La vida de a poco volvió a la normalidad y reinaba la incertidumbre en todos. Una tarde de sábado, el amo desllaveó los candados del portón de entrada y, por primera vez en mucho tiempo, Titán levantó la cabeza y sus ojos aguzaron la mirada hacia la calle vacía. La apertura del portón de entrada estaba llena de significados.

De lejos, yo miraba la escena y dí por seguro a Atián que fue el pequeño Sebastián quien abrió el portón a Titán: creo que el amo quiso ahorrarle fuerzas y darle la oportunidad que varias veces le negó, tal vez por querer mantenerlo a su lado. Titán había demostrado con sus actos que muchas veces la muerte no solo es extinguirse físicamente, sino no haber vivido como el espíritu reclama. Y así lo comprendió el amo. El encierro prolongado, tantos desastres juntos, los llevó a entenderse finalmente y a respetar la esencia de cada uno. Titán era libre para buscar su propio destino, ser el macho alfa a pesar de haber sido castrado muy pequeño cuando, cachorro aún, lo dieron en adopción y se encontró con el amo Sebastián, su hogar en el staubig Chaco central.

Lo que siguió a su salida fue una rauda corrida hasta el final de la cuadra donde dio vuelta y sus ojos se encontraron con los ojos de Sebastián y del amo, ambos sonreían. Sabían que estaba listo para irse, ahora más amigos que nunca.

El amo dejó fluir la vida en vez de tomar una decisión dolorosa, consideró que ya fue suficiente el sufrimiento del prolongado encierro y las restricciones, ahora cada uno debía buscar el destino para lo cual había sido creado en el inicio de su existencia.

Atián, con su estilo remilgoso y relamido, permaneció al lado del amo Sebastián, esperando tener el momento de la despedida, pero al lado de su dueño. El final de la pandemia para él significó volver a las cosas acostumbradas, a la rutina y al trabajo para lo cual había sido traído a la casa. Siempre supo lo que esperaba de la vida.

En cuanto a mí, una noche mis verdaderos amos olvidaron abrirme la puerta de entrada y encontré a Titán corriendo de regreso a su casa, luego de una noche de persecución a la jauría de carpinchos. Lo acompañé a su hogar y me quedé dormido junto a Atián y Titán y, al día siguiente, cuando se decretó estado de pandemia y los portones se cerraron, me quedé dentro de la casa durante toda la cuarentena.

Fui muy bien recibido y me dieron un nombre: el colado Franky, por mi parecido con Frankenstein, según escuché de boca de los padres del amo Sebastián. El nombre fue justificado por mi cabeza cuadrada, hocico con leve prognatismo que me hacía emitir sonidos parecidos a graznidos en vez de ladridos, que hacían reír al niño Sebastián, pero eso nunca me molestó, porque Sebastián era un niño tan dulce y amigable que hizo que todo nuestro tiempo juntos fuera un tránsito increíble a una vida nueva. Eso se lo debo a la pandemia y al encierro obligado.

Además, debo contar que en mi otra casa me llamaban Dunkel, por mi pelaje oscuro, pero allí no encontré el cariño y la alegría a la que me acostumbraron en la casa del amo Sebastián. Al final de la pandemia, me enteré que la esposa de mi verdadero amo fue una de las primeras víctimas del virus asesino, supuse una enorme soledad rodeándolo, entonces decidí retornar a la casa sin amor, para enseñarles lo que había aprendido en pandemia. Esa sería mi tarea en adelante.

El día que decidí marcharme, el amo Sebastián me dejó lleno el plato, me sirvió agua fresca y, como siempre, me abrazó con tanta fuerza que dolía a veces. En los últimos minutos juntos, sus ojos claros me miraban con arrobamiento, como siempre lo hacía cuando me hablaba como si yo lo entendiese. A él no le interesaban mi aspecto ni las características por las cuales recibí el nombre de Franky, solo le importaba que recibía su amor y él aceptaba el mío, con mis espantosos chillidos.

Al terminar de almorzar, tomé unos buenos sorbos de agua, servida siesta a siesta durante tantos meses por el amo Sebastián, y crucé el portón, ahora abierto permanentemente, de mi casa de amor para ir a darle oportunidad a mi otro amo, de dejarme ser su amigo hasta el final.

MENCIÓN ESPECIAL

Esperando a Ángeles

Carla Mercedes Guillén Balmelli



Patricia conducía aquella mañana camino al hospital con ganas de no llegar a destino. La discusión que se mezcló con las tostadas y el café no fue la mejor manera de empezar el día. Evitó encender la radio; no necesitaba la estadística de muertos y contagiados para mejorar su mal humor. «¿Hasta cuándo va a durar esto?», pensó.

Pablo Giménez, con g de gato, como indicaba siempre que le preguntaban su nombre, se mostraba ansioso esperando ser atendido. La camisa en la que iba metido y en la que cabía más de una persona delataba ausencia total de vanidad y la sospecha de una herencia de mal gusto.

Patricia abrió la puerta y lo hizo pasar. El hombre, un poco nervioso, la observó detenidamente:

—Espero que sea tan profesional como su colega, aunque... se acaba de recibir, ¿verdad? ¿Cuántos años tiene? ¿Por qué no me atiende el Dr. Federico?

—No me haga perder el tiempo, que hoy sobra en todas partes menos en este lugar, así que no pienso contestar esas preguntas. El doctor Federico está guardando cuarentena.

Se acercó a la doctora buscando intimidad.

—Estoy esperando un bebé —dijo mientras se acariciaba la barriga. Patricia tosió nerviosa e hizo un esfuerzo por evitar una carcajada.

—¿Y cómo sucedió?, ¿le embarazó su novia o su esposa? —preguntó con una sobredosis de sarcasmo y de desayuno mal digerido.

—Nunca tuve relaciones con nadie. Soy un defensor implacable de la virginidad hasta el matrimonio, así que creo que fue el Espíritu Santo.

—El Espíritu Santo, ¿y por qué supone que está embarazado?

—No me cree.

—Claro que le creo. Su historia es muy común en sitios como este.

—Hace tres meses que tengo todo tipo de antojos y estoy más sensible que nunca. Llora por cualquier cosa. La angustia me está matando. Me siento solo.

—¿No se le ocurrió pensar que su problema puede ser otro? Todos estamos con problemas y angustias. Es el tema obligado del día. Nadie escapa de un encierro que no tiene fecha de caducidad.

Pabló amenazó con llorar.

—¿También va a decirme que tengo que quedarme en un loquero donde los cuerdos terminan locos y los locos ni se enteran de que están locos? —preguntó mientras se

seguía acariciando la barriga, para luego proseguir con su discurso—. Justo ahora está pateando Ángeles.

—¿Ángeles? ¿Ya sabe el sexo del bebé? —preguntó sin disimular que la simpatía no engrosaba su lista de virtudes.

—Ella escucha todo lo que hablamos y lo que dice le está poniendo muy inquieta.

—Luego, dirigiendo su mirada a su barriga y en tono muy maternal, expresó—: Tranquila, Ángeles. La doctorcita no quiso decir lo que dijo —Y dirigiéndose a la doctora, manifestó—: Discúlpese con Ángeles, por favor. Ella es muy sensible; pura herencia mía.

Patricia, impaciente, tomó el teléfono para llamar a los enfermeros. Pablo se incorporó obligándole a cortar la llamada.

—¿Qué hace?, ¿llamar para que me saquen con una camisa de fuerza? Voy a perder la custodia de Ángeles. Va a terminar en un hogar de acogida como yo, ¿eso quiere?

La mujer volvió a sentarse y miró al hombre sin saber qué decir. Se sentía incómoda y con su paciencia llegando al límite.

—Creo que la consulta terminó —dijo en tono muy áspero.

—¿Está segura de que ese título que tiene colgado en la pared tiene su nombre?

—¿Está insinuando que no soy una doctora?

—Disimula muy bien —Pabló siguió hablando—: ¿Acaso la consulta no termina cuando el doctor cura al paciente?

El hombre se le acercó de manera amenazante. Ella, asustada, elevó la voz:

—Señor Giménez...

El hombre la interrumpió:

—Con g de gato.

La rabia en su mirada la hacía verse como una posible asesina.

—¿Qué?

—Que mi mamá siempre me decía que aclarara que mi apellido es con «g» de gato porque en este país hay mucho burro suelto y que incluso alguno llega a presidente, ¿tiene mamá?

La pregunta le recordó una conversación que había mantenido hacía unos días con su mamá y sus hermanas, en tiempos en que esta situación parecía solo cuestión

de manipulación de gobiernos populistas y de laboratorios y en los que las ideas conspiratorias provocaban risa y la palabra «aislamiento» no se utilizaba más que para referirse a temas eléctricos. Su mamá, artista consumada en el arte del chantaje y precursora del drama llevado a límites insospechados, había mencionado a modo de queja que sus hijas eran unas malagradecidas, que, como nunca la llamaban, acabarían enterándose de su deceso por exequias en algún matutino, a lo que una de sus hermanas le había respondido, incendiada de sarcasmo, que eso sería imposible, dado que ellas tendrían que publicar el aviso.

El recuerdo la incomodó. El hombre insistió:

— ¿Tiene mamá?

— Sí... no... ¿Qué le importa? ¿Acaso somos compañeros de tragos?

— Eso está prohibido, doctora. El verbo «compartir» está desterrado del planeta hasta nuevo aviso. Se dice que a los niños les enseñarán la conjugación de ese verbo en tiempo pasado y en futuro imperfecto.

La mujer lo observaba sin decir palabra.

— ¿No se enteró? Bueno, pero no se preocupe porque seguramente inventarán otros verbos nuevos. Los expertos, los visionarios, los oportunistas y los que pasan hambre suelen ser muy creativos a la hora de buscar soluciones. Algunos hasta se atreven a más, crean los problemas para después vendernos las soluciones.

La mujer lo seguía observando sin saber qué decir.

— ¿Sabía que los dentistas están de huelga y amenazan con cerrar las principales rutas? Todo porque hace cuestión de unos días se descubrió que las personas pueden sonreír con los ojos. Ya no importan sus dientes.

El hombre tomó un respiro, volvió a acariciar su barriga y prosiguió:

— También las principales relojerías del mundo están en quiebra. Ya no se necesita saber la hora porque el tiempo cambió y es lo que ahora sobra. Van a tener que reinventarse. ¿Tiene hijos?

La doctora hizo un gesto afirmativo.

— Entonces comprenderá la preocupación que siento por Ángeles.

No pudo evitar pensar en su bebé y en que esa mañana había tenido una fuerte discusión con su marido porque no terminaban de ponerse de acuerdo en quién tenía el trabajo más importante y quién quedaría en la casa cuidando al bebé. ¿Por qué siempre el trabajo del hombre era más importante que el de la mujer? ¿Qué clase de madre era que se cuestionaba esas cosas?

—Doc, ¿cree en los milagros?

—Soy una persona de ciencia. Mi razonamiento no incluye ese ingrediente en la curación de enfermos.

—Yo sí creo, doc. Usted también debería hacerlo. Yo presencié uno esta mañana.

—¿Un milagro?

—Lo vi en el noticiero.

—A nadie le interesa ese tipo de noticias.

—A mí, sí. Dijeron que, a pesar de la pandemia y de todas las fases y encierros por los que estamos pasando, la primavera se iniciará como todos los años el veintiuno de setiembre y que la Navidad no será suspendida.

Patricia sintió que la garganta se le cerraba, atorada por un nudo. Intentó improvisar una respuesta, pero sintió que cualquier cosa que pudiera decir haría desaparecer la magia del milagro de Pablo.

—Parecen buenos milagros, Pablo —dijo suavizando el tono.

—Todavía no le conté el verdadero milagro, doc. El milagro es que Ángeles nacerá en la primavera.

Se produjo un silencio que se hizo eterno. Patricia miró su brazo izquierdo y se dio cuenta de que no llevaba su reloj y de que la huella de que lo había utilizado alguna vez se estaba borrando.

—La consulta ya terminó, Pablo.

El paciente se incorporó, se despidió y salió del consultorio. Patricia se sentó frente a su computadora y mientras las lágrimas contenidas se lanzaban al vacío, agregó en el expediente de Pablo una indicación:

Dr. Federico:

El paciente está respondiendo positivamente al tratamiento. De seguir con esta mejoría, recomiendo su alta para el veintiuno de setiembre.

Índice

Presentación de Simone Herdrich, Directora del ICPA-GZ	3
Primer Premio “Cuaderno del Año de la Pandemia” de Ricardo Horacio Benítez Parodi	5
Segundo Premio. “2110” de Wilson Gerardo Parris Frings	11
Tercer Premio. “En esta Casa” de Pedro Alfonso Caballero	19
Mención Especial. “Cambios” de Matías Nicolás Meza Amarilla	25
Mención Especial. “Atián, Titán y el colado Franky” de María Ángela Duarte López	31
Mención Especial. “Esperando a Ángeles” de Carla Mercedes Guillén Balmelli	39

Cuadernos del ICPA - GZ

Diseño Editorial

Rafael Scorza

Corrección

Ana Miranda

Participantes Seleccionados

Ricardo Horacio Benítez Parodi

Wilson Gerardo Parris Frings

Pedro Alfonso Caballero

Matías Nicolás Meza Amarilla

María Ángela Duarte López

Carla Mercedes Guillén Balmelli

Ilustraciones

Jorge Daniel Arzamendia Aranda

Impreso en Paraguay

Asunción, Diciembre 2020

Instituto Cultural Paraguayo-Alemán

Goethe-Zentrum

Juan de Salazar 310

Tel: + 595-21-224455

Asunción, Paraguay

www.icpa-gz.org.py

direccion@icpa.org.py

Instituto Cultural Paraguayo-Alemán
Goethe-Zentrum
Juan de Salazar 310
Tel: + 595-21-224455
Asunción, Paraguay
www.icpa-gz.org.py
direccion@icpa.org.py



INSTITUTO CULTURAL PARAGUAYO-ALEMÁN
DEUTSCH-PARAGUAYISCHES KULTURINSTITUT
GOETHE-ZENTRUM

**GOETHE-ZENTRUM
KOOPERATIONSPARTNER**



**GOETHE
INSTITUT**